

## Capítulo 359

### En la Vida y en la Muerte

—Audrina... Seras... ¿qué están haciendo ustedes dos aquí? —preguntó Abaddon con una sonrisa que no era una sonrisa.

Ambas muchachas permanecieron indiferentes al tono de su marido.

En lugar de eso, se acercaron a él y le bajaron la sudadera que ocultaba su cuello.

Allí le señalaron dos juegos de marcas de colmillos que nunca se cerrarían, a pesar de su capacidad regenerativa estelar.

—¿Has olvidado nuestro juramento, esposo? Pase lo que pase, te seguiremos en la vida y en la muerte —dijo Seras con una sonrisa.

"Técnicamente aún no estás muerto, pero como estás vagando en el inframundo, eso significa que podemos tomar la decisión de seguirte si así lo deseamos", agregó Audrina.

Brevemente, Abaddon recordó el momento en que les dijo por primera vez a sus esposas que estaba decidido a ir solo al inframundo.

Al principio protestaron ferozmente, pero luego parecieron... rendirse.

Incluso cuando se lo contó al resto de su familia, no volvieron a decir palabras de preocupación, en cambio, lo ayudaron a convencer a todos los demás de que las cosas estarían bien.

Al principio le pareció extraño, pero ahora estaba seguro de que la razón por la que dejaron de intentar persuadirlo fue porque se dieron cuenta de que podían hacer esto que acababan de hacer.

—Chicas... ya os he dicho que deseaba emprender esta prueba solo —dijo Abaddon.

Las muchachas miraron a su marido con expresiones de ligera vergüenza, que finalmente fueron disipadas por la resolución.

"Conocemos tus deseos, amado, pero... tú también deberías conocer los nuestros. No puedes ser tan irresponsable con tu vida, cuando todos dependemos de ti para sobrevivir".

"Nadie quiere que crezcas y te vuelvas más poderoso que nosotras, pero permítenos actuar como un plan de contingencia. Tomé la decisión de



ascender a la divinidad porque quería proteger mejor a nuestra familia. Y tú estás bajo ese paraguas, esposo".

Abaddon se cruzó de brazos, mientras intentaba permanecer obstinado ante el ataque directo de sus esposas.

Generalmente él era un tonto ante sus peticiones, y ese hecho era aún más efectivo cuando lo miraban con sinceridad y ojos suplicantes.

'¡No te rindas, permanece fuerte! Ellas saben lo que esta tarea significa para ti, y perdonarlas, después de que descaradamente, ignoraron tus deseos es inaceptable...', trató de decirse Abaddon.

No importaba lo que las chicas le lanzaran, esta vez no las perdonaría tan fácilmente.

"Mis amores... realmente no debieron haber-"

""¡Lo lamentamos!""

En un doble ataque de poder destructivo sin igual, ambas mujeres le dieron besos a Abaddon en cada mejilla.

El resultado fue un dragón ligeramente aturdido y significativamente menos molesto.

"...Ambas estáis perdonadas."

""¡¡Gracias!!""

-Pero necesito que las dos me prometan algo -dijo con firmeza.

"¿Sí?"

"Sé que ambas me aman y quieren protegerme, pero no pueden olvidar que soy un hombre, ante todo. Si quiero crecer, necesito que ustedes dos me den el espacio para fallar".

Aunque Abaddon en realidad no esperaba ser derrotado en esta próxima pelea, había un cierto nivel de desesperación que se podía utilizar en una confrontación cuando uno sabe que debe confiar únicamente en sí mismo.

Además, no importa cuán orgulloso estuviera Abaddon de sus esposas, nunca quiso que fueran su plan de respaldo, tantándose de guerra.

Ellas no merecían eso, y él tampoco.

Las esposas de Abaddon le dirigieron sonrisas de disculpa antes de besarlo una vez y pedirle otra dulce disculpa.

"Lo sabemos, amor."



"Y prometemos que honraremos sus deseos".

Con dos hermosas mujeres mirándolo con tanta tristeza, Abaddon sintió el deseo de "consolarlas" con unas miles de rondas de sexo de reconciliación.

Sacudiendo la cabeza para liberarse de pensamientos depravados, se concentró en el tema actual del viaje.

"Comprimid vuestras auras lo máximo que podais para no alertar al dios. Además..."

Las manos de Abaddon comenzaron a brillar de color violeta y las movió sobre los cuerpos de sus dos esposas.

En un instante ambas parecieron significativamente menos atractivas y les desaparecieron las colas, escamas y cuernos.

También tenían una especie de aspecto etéreo, similar al de todos los que los rodeaban.

"¿Qué hiciste?" Preguntó Seras mientras miraba sus manos.

"Te envolví en una ilusión, una habilidad que obtuve gracias a la cortesía del último rey del abismo". Explicó.

Como dijo, Tanin'iver le otorgó la segunda habilidad para crear ilusiones.

Había sido capaz de hacer que la gente viera cosas en su mente durante mucho tiempo, pero ahora podía crear espejismos que eran indistinguibles de la realidad.

Una vez que fueron lo suficientemente discretos, Abaddon tomó a ambas niñas de la mano y tomó un camino elegido al azar.

Al emprender el camino hacia el inframundo, los tres actuaban sin vida y abatidos como las demás almas que los rodeaban.

Abaddon tenía bastante práctica con este estilo, desde su época como Carter en la Tierra.

A lo largo del camino, no podían ver nada frente a ellos, excepto la oscuridad total, que parecía lo suficientemente espesa como para asfixiarles.

A medida que viajaban, el aire a su alrededor se hacía cada vez más frío, hasta que sintieron que estaban envueltos en pleno invierno.

En una nota más preocupante, Abaddon, Seras y Audrina podían sentir una sensación muy familiar a la que estaban acostumbrados.

'Chicas... ¿pueden sentir eso?'



'¡Sí!'

'Otro de nuestros hijos está en este reino... ¡debemos recogerlo antes de partir!'

Los tres asintieron al unísono, cuando un poco de luz finalmente atravesó los alrededores.

Finalmente, pudieron ver a dónde los había llevado el camino que habían elegido, aunque no era exactamente lo que ellos habrían llamado un destino agradable.

Aunque ¿cuál sería de los inframundos?

Mientras descendían de una pendiente helada, el trío pudo ver valles oscuros, tan largos y profundos que parecían extenderse por una eternidad.

El cielo estaba completamente negro, con una niebla gris que se arremolinaba en el aire.

Como ávido estudioso de la mitología en su última vida, Abaddon sabía exactamente dónde estaban, a pesar de que ésta era su primera vez allí.

"Helheim... Debo admitir que me siento un poco deslumbrado".

- ¿Conoces este lugar, querido? - preguntó Audrina.

Si ella era honesta, este lugar era más que cómodo para ella.

Había tanta oscuridad a su alrededor, que se sentía casi tan cómoda como Bekka cuando tenía el estómago lleno y una mano para frotar su trasero.

Si esto no fuera territorio enemigo, preguntaría si sería posible construir aquí una casa de vacaciones.

«Pero espera, ¿no estamos a punto de conquistar este lugar? ¡Eso significa que mi sueño aún puede hacerse realidad!», pensó emocionada.

"Esto es Helheim, el inframundo de los dioses nórdicos. Está gobernado por la diosa de la muerte Hel".

"¿Es ella temible?" preguntó Seras.

"¡A quién le importa si es temible! ¡Voy a darle una paliza a esa perra para que este lugar pueda ser mío!" Audrina a cada segundo se estaba encariñando cada vez más con ese lugar.

"Ella es... aunque no se dice que ninguno de los gobernantes del inframundo sea pusilánime, debo confesar que ella es una de las más poderosas".



Abaddon tuvo que admitir que, si bien no le tenía miedo a Hel, no quería enfrentarla tan pronto.

'Sólo las leyendas sobre su poder son... espera un minuto...'

Inconscientemente, Abaddon comenzó a filtrar una presión roja y sangrienta desde su cuerpo humano y sus ojos brillaron con un violeta ilustre.

Casi inmediatamente, Seras y Audrina entraron en pánico y comenzaron a intentar calmarlo.

"¡Marido, debes controlarte!"

—¡Aquí no! ¿Qué te pasa?

"Nuestro hijo... ¡ella usa a nuestro hijo como montura, controlándolo como si fuera un maldito perro!!"

Basándose en la sensación que percibía, procedente de Helheim, supo que uno de sus fragmentos tenía que ser el famoso dragón de la muerte; Nidhoggr.

Hel es famosa por ser la única capaz de controlar a la bestia, y esta reside en su dominio en ocasiones, cuando no está intentando roer las raíces de Yggdrasil.

Ahora no era solo Abaddon el que estaba molesto, sino también Audrina y Seras.

Para aquellos que valoraban su orgullo e identidad, como verdaderos dragones, así como la felicidad de sus hijos por encima de todo, no podía haber mayor insulto.

En un instante, la animosidad que sentían contra Hel se multiplicó cien veces.

Solo habían perdido el control de sí mismos por unos segundos, sin embargo, sus auras fueron lo suficientemente notorias como para que no fuera necesario mucho tiempo.

"¡¡¡AWOOOOOOOOOOO!!!"

Un aullido fuerte y demoníaco resonó más allá de las oscuras trincheras excavadas frente a ellos.

Tan pronto como se escuchó, Abaddon supo exactamente lo que vendría después.

-Garmr...





Por lo general, se dice que el perro guardián de Helheim sólo ladra a aquellos que entran al inframundo.

Pero parece que cuando la amenaza es lo suficientemente grande, ella misma viene a neutralizarlos.

Y a juzgar por la presencia entrante que podían sentir, llegaría rápido.

Seras y Audrina esperaron a ver qué haría su marido, pero contrariamente a sus expectativas, él no mostró señales de moverse.

Y como él no lo hizo, ellas tampoco.

Abaddon no esperó más de veinte segundos, antes de que un enorme perro negro saltara hacia él desde las sombras.

Sus fauces abiertas revelan colmillos tan largos como dagas y ojos de un rojo intenso del color del fuego.

Se abalanzó sobre Abaddon con la intención de devorarlo, habiéndolo identificado hábilmente como el intruso que no debía estar allí.

Sin embargo, pronto ocurrió un extraño suceso.

Tan pronto como los ojos rojos de la bestia se encontraron con sus ojos dorados, la criatura se congeló en medio de un gruñido.

Nunca había sentido algo parecido.

Un miedo tan crudo y primario que amenazaba con grabarse en sus huesos y su alma.

Fue aterrador.

Siempre hay una sensación extraña, cuando un ser debe enfrentarse a la realidad de que no es el máximo depredador que había pensado.

Y ahora Garmr se enfrentaba exactamente a ese dilema.

En lugar de atacar, en una pelea que la criatura estaba destinada a perder, de repente se detuvo en seco, mientras dejaba caer las orejas y metía la cola debajo de las patas.

Bajó la mirada al suelo, en señal de sumisión y dejó escapar pequeños gemidos que de ninguna manera deberían provenir de un perro tan aterradoramente enorme.

Abaddon pasó junto a Garmr sin dedicarle ni una sola mirada a la bestia, y sus ojos, ahora rojos, escanearon el dominio sombrío frente a él con ojos iluminados por puro odio.





—Seras... Audrina. —El disfraz de Abaddon empezó a ser lamido con ardientes llamas negras y rojas que se extendieron a lo largo de su cuerpo.

Ninguna de las chicas sabía exactamente lo que estaba a punto de decir, pero el sonido de su tono las puso increíblemente emocionadas.

"¿Qué pasa, mi amor?"

"¿Qué necesitas?"

La apariencia humana de Abaddon finalmente se desvaneció y fue revelado en su verdadera apariencia.

A una altura de 6'8, los músculos debajo de su piel negra estaban más tensos de lo que nunca habían visto.

Adornado con su traje ceremonial de guerra negro y su cuello de piel, parecía tan desconcertante como aterrador.

"Las dos... vayan y encuentren a nuestro hijo y manténganlo a salvo".

"Lo haremos."

-¿Qué harás, marido?

Abaddon levantó la mano y produjo una llama negra y roja del tamaño de una pelota de béisbol.

"He cambiado de opinión... de todos modos, abordar las cosas con sigilo nunca me ha convenido. Así que, en lugar de eso, voy a quemar todo este lugar hasta los cimientos..."

